

HISTORIA
URGENTE

LOS NIÑOS ESCONDIDOS

Del Holocausto a Buenos Aires

NUEVA EDICIÓN

Diana Wang



Contents

1. [ExLibris](#)
2. [Portada](#)
3. [Creditos](#)
4. [Dedicatoria](#)
5. [Introduccion](#)
6. [Capitulo 1 - LA VIDA ANTES DE LA GUERRA](#)
7. [Capitulo 2 - EL FIN DEL MUNDO CONOCIDO](#)
8. [Capitulo 3 - EN EL GUETO](#)
9. [Capitulo 4 - LOS CAMPOS DE CONCENTRACION](#)
10. [Capitulo 5 - HUIDAS](#)
11. [Capitulo 6 - LOS SALVADORES JUDIOS](#)
12. [Capitulo 7 - LOS SALVADORES CRISTIANOS](#)
13. [Capitulo 8 - LIBERACIONES](#)
14. [Capitulo 9 - LOS NINOS EN LA ARGENTINA](#)
15. [Epilogo](#)
16. [Apendice](#)
17. [Epilogo a la nueva edicion](#)
18. [Agradecimientos](#)
19. [Europa en 1940](#)
20. [Fotos](#)
21. [Cronologia](#)
22. [Bibliografia consultada](#)

Landmarks

1. [Cover](#)



EX LIBRIS

Diana Wang

LOS NIÑOS ESCONDIDOS

Del Holocausto a Buenos Aires



Créditos

Wang, Diana

Los niños escondidos. Del Holocausto a Buenos Aires - 2a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Marea, 2019.

Libro digital, EPUB - (Historia Urgente / Constanza Brunet; 4)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3783-94-4

1. Holocausto Judío. 2. Guerra Mundial. I. Título.

CDD 940.5318

Edición: Constanza Brunet

Asistente a la primera edición: Virginia Ruano

Coordinación: Florencia Jibaja Alvarez

Corrección: Leticia Vizzon

Diseño de tapa y armado: Hugo Pérez

Mapa: Leda Agostini

Primera edición: octubre de 2004

©2018 Diana Wang diana@dianawang.net

©2018 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar

www.editorialmarea.com.ar

*Para mis ocho nietos, Mijal, Caro, Clara, Mica, Valu, León, Alva y
Manu.*

*Para los nietos y bisnietos de estos sobrevivientes que tuvieron la mala
suerte de haber sido niños durante el Holocausto pero que tuvieron la
buena suerte de sobrevivir.*

*Para los niños que viven en situaciones de pobreza extrema,
desplazamiento, exclusión, abandono, reclutamiento y violencia física
y emocional.*

*Con el deseo de que todos los niños del mundo puedan vivir sus
infancias como niños y que tengan la oportunidad de llegar a adultos.*

INTRODUCCIÓN

LA HISTORIA OFICIAL Y LA HISTORIA REAL

La historia oficial siempre fue contada a partir de la mirada de los adultos. La historia de la Shoá¹ no escapa a esta regla. Este libro rescata la palabra “niños” porque ellos fueron los protagonistas, hasta ahora en las sombras, de aquella tragedia humana que fue el genocidio judío. Estos “niños” cuentan aquí lo que otros no pudieron. Sus voces se convierten en historias narradas por la memoria del adulto que sobrevivió y que recuperó la capacidad y la potencia de la palabra para hablar sobre lo que, décadas atrás, sufrió con impotencia.

De todos los mártires de las guerras, los niños son, desde luego, las víctimas supremas y universales. Y sus voces nos hablan aún hoy de la sinrazón más profunda de las sinrazones. Convertidos muchos de ellos en abuelos, los “niños” que esconden en su alma construyen su testimonio con recuerdos marcados a fuego, dicen lo que necesitan decir guiados por la conmoción o el impacto, sueltan lo que han guardado por años y nos abren su corazón. Vale la pena subrayarlo una vez más: aquí hablan los niños judíos que tuvieron la fortuna de sobrevivir a la locura asesina nazi y que llegaron azarosamente a Buenos Aires para empezar otra vida.

Para estos “niños” estar escondidos fue una estrategia de supervivencia. Pero han vivido ocultos demasiado tiempo. Algunos perdieron su infancia en desvanes, sótanos o granjas, y se hicieron invisibles mientras transcurría la guerra y después de ella. Otros vivieron escondidos detrás de nombres falsos, protegidos por la humanidad de otras familias, visibles pero sin su identidad. Fueron pocos los que pudieron permanecer junto a sus padres. Algunos de ellos volvieron a vivir con sus familias pasado el infierno, otros jamás

las recuperaron y continuaron sumergidos en su exilio argentino.

Para todos ellos, la guerra es una marca que los acompañará mientras vivan. Es esa marca la que los hace universales, porque muchas de las cosas que pasaron, y que hoy pueden convertir en verbo, son similares a las que vivieron, viven y vivirán aún muchos niños inmersos en el arbitrario, injusto y cruel mundo de las guerras.

LOS NIÑOS COMO OBJETO DE ANIQUILACIÓN

La palabra “moisés” se utiliza como un sustantivo común y se escribe con minúscula. Pero su origen se remonta al relato bíblico de Moisés, el patriarca del pueblo judío, el guía que lo llevó de la esclavitud a la libertad, desde Egipto hasta Israel, el hombre que rescató a su pueblo de la idolatría al entregarle las Tablas de la Ley, los Diez Mandamientos, aún hoy la legislación básica para la convivencia entre los humanos.

El Faraón había recibido una profecía –igual que muchos años después Herodes– que anunciaba el nacimiento de un judío que cambiaría el rumbo de la Historia desde el preciso momento en que se rebelara contra su poder. El Faraón, entonces, decretó la muerte de todos los recién nacidos judíos varones, como también haría Herodes. Cuenta el mito que la madre, Iojevet, y la hermana de Moisés lo escondieron en una canastita y lo abandonaron sobre las aguas del Nilo con la esperanza de que alguien se apiadara de él. Quien lo hizo resultó ser la hija del Faraón que un día, paseando cerca del río, alcanzó a escuchar el llanto de un bebé. Lo rescató de las aguas y lo educó como un príncipe egipcio. Esta es la historia que reeditamos –aunque no lo sepamos– cada vez que amorosamente preparamos ese canastito con telas primorosas y suaves para un recién nacido, es la expresión de nuestra esperanza de que, a pesar de los peligros de la vida y del mundo, este bebé vivirá, se desarrollará y llegará a ser adulto. El moisés resume y expresa la intención de protegerlo, de cuidarlo, de aislarlo del peligro, de tenerlo abrigado y aireado. A salvo.

Hay en la historia bíblica de Moisés muchos aspectos que

identificamos en los “niños” escondidos. Todos ellos, como se verá, fueron rescatados de una muerte segura, tocados por un milagro inesperado. El nazismo, este nuevo Faraón, este nuevo Herodes, decidido a eliminar a los judíos de la faz de la Tierra (Europa era tan solo el primer paso, el Plan Maestro era la conquista del mundo), decretó la aniquilación de los niños como objetivo central. Aunque no es este un libro que cuente la historia del nazismo, ni de la Shoá, ni de la insensatez de cualquier guerra, es tal el absurdo y el horror de la formulación precedente –me refiero a “la aniquilación de los niños”– que es indispensable una mínima información contextual.

LAS DOS GUERRAS DE LOS NAZIS

Los nazis emprendieron dos guerras bien diferenciadas, dos guerras que en algún momento hasta llegaron a competir entre sí. Una, la que conocemos como la Segunda Guerra Mundial, los enfrentó entre el 10 de septiembre de 1939 y el 8 de mayo de 1945, unidos a Italia y Japón, a los gobiernos aliados de Inglaterra, la Unión Soviética y los Estados Unidos, que se sumaron al conflicto después del ataque a Pearl Harbour en 1941. Fue la guerra “tradicional”, es decir, con pactos políticos, conquistas de territorios, batallas, prisioneros, bombardeos, estrategias, espionajes, muertos y heridos, victorias y fracasos. Se estima que murieron en su transcurso cerca de 50 millones de personas.

La otra fue la guerra contra los judíos. Emprendida contra un pueblo sin armas ni territorio ni posesiones valiosas, un pueblo definido como enemigo interno, “elemento contaminante” de la “pureza racial” que debía ser destruido de raíz. La guerra contra los judíos comenzó seis años antes de la declaración de la Segunda Guerra Mundial. Coincidió con el ascenso de Adolf Hitler al poder en Alemania, en 1933, y duró hasta el fin de las operaciones bélicas en mayo de 1945. Incluyó a casi todo el territorio de Europa. Esta guerra no pretendía, como cualquier guerra convencional, la conquista de territorio, la conversión ideológica o religiosa, la rapiña económica, algún tipo de ventaja tecnológica, geopolítica o de otro tipo. No

proclamaba razones religiosas ni buscaba reivindicaciones o venganzas por hechos sucedidos en el pasado. Fue una guerra cuya única pretensión era la desaparición de un grupo humano.

El odio a los judíos, conocido como judeofobia, ha sido parte de la identidad europea cristiana. Adoptó un nombre pretendidamente científico y más respetable cuando pasó a llamarse antisemitismo, concepto acuñado en la segunda mitad del siglo XIX. Durante el régimen nazi, las teorías antisemitas fueron profusamente difundidas; muchos las tomaron por ciertas y muchos otros, sumidos en el sistema de terror, delaciones y control estatal, temieron expresar a viva voz su oposición. El delirio fue imparable y de él fueron cómplices voluntarios o involuntarios gran parte de los pueblos tanto de la Europa “cultura” como de la Europa “ignorante”. Europa se sumó, por acción u omisión, a la persecución, delación y asesinato masivo e indiscriminado de todos los judíos, en especial de los niños.

LAS CATEGORÍAS “RACIALES”

La ideología nazi se centró en el concepto de raza y en la utopía que supuso cierta reingeniería social, la construcción de una sociedad perfecta habitada por seres superiores. En la cima de esta supuesta perfección se ubicaban los miembros de la “raza aria”. Tanto el concepto de “raza” como el de “ario” carecen de sustento científico y forman parte del gran fraude difundido por el nazismo. Por ejemplo, la palabra ario proviene de la lingüística. Existen lenguas arias, de raíz indoeuropea, y lenguas semitas (hebreo, árabe, arameo) pero no existe una estructura aria o semítica aplicable a la biología y menos a la genética. Los nazis trasladaron por arte de magia el concepto del campo de la lingüística al de la biología. Así lo ario y lo semita se transformaron en elementos supuestamente presentes en los genes y, en consecuencia, hereditarios e inmodificables.

En esta transposición de una disciplina a otra, lo ario y lo semita fueron investidos de un aditamento nuevo: una jerarquía y un valor. Pensado desde la biología y la intención de “mejorar la raza”, la “raza aria” era definida como superior mientras que la “raza semita” era

inferior. Se entendía “semita” como judío, en consecuencia “antisemitismo”, en vez de oposición a los idiomas semitas como lo indica su etimología, se entiende en realidad como odio a los judíos. El “antisemitismo” brindó un soporte “científico” al viejo odio conocido que, si bien no se ocultaba, solía ser a menudo disfrazado o expresado indirectamente. Muchos se tranquilizaron porque se “comprobaba” finalmente que lo que habían sospechado por siglos era verdad: los judíos eran la fuente de todas las desgracias y una lacra que había que erradicar del mundo. No era la religión lo que los definía, era la biología, el mal nacía con ellos, había que matarlos, exterminarlos para que el mal desapareciera por completo. El color del cabello, de los ojos, las formas de las narices y orejas que seguían patrones dibujados por campañas gráficas profusas y basadas en las imágenes judeófobas medievales, construyeron el “aspecto” que identificaría inequívocamente a un judío.

Los judíos, con todo, no eran los únicos destinados a desaparecer. Fueron solo los primeros. La sociedad imaginada por los nazis tenía una estructura “racial” particular. La supremacía la ocupaba la llamada “raza aria”. Un pequeño peldaño más abajo, estaba la “raza nórdica”. Después venían, más lejos, los “latinos”, luego los “eslavos” y, más abajo, los gitanos, los homosexuales, los discapacitados físicos y mentales y los que tenían la piel de un color que no fuese blanco: los amarillos, los rojos, los marrones y los negros. En algún lugar por allí ubicaban a los Testigos de Jehová, los masones, los comunistas y a cualquier opositor político. Todos ellos tenían características genéticas que los hacían inmodificables, lo que, como se advierte a simple vista, no resiste el menor análisis. Y en la base de la escala humana, ubicados ya en la categoría de “noraza” o “antiraza”, estaban los “semitas”, o sea, los judíos. Los judíos eran descriptos como la encarnación del mal, lo diabólico, lo siniestro, seres disfrazados de humanos pero con una malignidad esencial e inmodificable, asentada en la sangre, en los genes, por lo cual era indispensable la limpieza étnica radical. Arrancar de raíz significa eliminar la maleza no bien empieza a crecer, la consigna es no dejar que invada el terreno. Erradicar es impedir la vida, el crecimiento y la reproducción. Erradicar quiere decir, fundamental y básicamente, matar a los niños.

Justo es reconocer que los judíos no fueron el único objetivo, aunque fue el único grupo taxativo, el único grupo en el que todos los miembros debían morir, sin atenuantes posibles. Los otros grupos eran “razas inferiores” y en muchos casos dependía de situaciones locales o de ciertas circunstancias el que se los asesinara o no. Los judíos fueron designados como “El” enemigo interno que había que extraer, el cáncer, el mal, cuyo único posible tratamiento era la extirpación quirúrgica. Los nazis sostuvieron esta posición en las teorías de Charles Darwin, en especial el concepto de la supervivencia del más apto.³

Ambas guerras –la “clásica” contra los Aliados y la “otra” contra los judíos– tuvieron para el nazismo importancia pareja, aunque la segunda fue preponderante en algunos momentos. Por ejemplo, cuando los frentes de batalla mostraban que la guerra estaba siendo perdida, los nazis siguieron usando los trenes para llevar a los judíos a la muerte en vez de transportar tropas, armamentos o hacer lo necesario para apoyar a sus ejércitos. La guerra contra los judíos era, obviamente, una prioridad del Reich. Por caso, el exterminio de los judíos de Hungría se decidió en 1944. Mientras el Ejército Rojo estaba comenzando a liberar los territorios del Este, los trenes seguían llevando cientos de miles de húngaros a las cámaras de gas y luego a los crematorios de Auschwitz. Aunque se perdiera la guerra contra los Aliados, aunque el sueño del Reich de los mil años y de la conquista del planeta –hoy Alemania, mañana el mundo– fuera un fracaso, los nazis se propusieron matar judíos hasta el último minuto.

LA GUERRA CONTRA LOS NIÑOS

En la guerra contra los judíos un punto central era el exterminio de los niños. Consiguieron eliminar a un millón y medio de ellos. Del estimado total de judíos que vivía en Europa, sobrevivió alrededor del 15 por ciento de adultos pero solo el 7 por ciento de los niños, menos de la mitad.

Apenas se salvaron alrededor de 100 mil niños judíos en toda Europa, la mayoría en situaciones muy difíciles que marcaron sus

vidas para siempre. La desintegración del núcleo familiar, la imposibilidad de los padres de dar de comer a sus hijos y protegerlos determinó la muerte de la mayoría ante la mirada impotente de sus seres queridos. Fueron niños que vivieron su corta vida sin jugar, sin ir a un parque, sin conocer la libertad, sin ir a la escuela. Para resumir su experiencia, aquellos que sobrevivieron suelen decir “me robaron la infancia”.

Igual que sucedía con los adultos, llevar a la práctica una matanza masiva de esas características no era sencillo. A los adultos se los agrupaba, se los arreaba, se los usaba para el trabajo esclavo. Como los niños no podían trabajar, eran considerados inútiles: se los mataba no bien llegaban a los campos y eran las primeras víctimas de las cacerías y redadas.

La infancia es el período de la vida de mayor indefensión de los humanos. No nos podemos trasladar ni defender de los peligros que nos circundan, no nos podemos alimentar, higienizar, vestir, hacer herramientas ni usarlas por nosotros mismos. Alcanzar la autonomía necesaria para sobrevivir por nuestra propia cuenta lleva muchos años. Los niños aprenden a confiar en los adultos, a respetarlos, a obedecerlos, a entregarse a sus cuidados y a repetir sus conductas en el cuidado de sus propios hijos.

En la Shoá, los niños vieron sacudida su relación con el mundo adulto de manera inédita. Debieron revisar y cambiar dramáticamente lo que habían aprendido a esperar. En lugar de protección y confianza, aprendieron a desconfiar, a callar, a mentir y a distinguir con claridad a los adultos fiables de los peligrosos.

Dice Abraham Foxman, presidente de la Anti Defamation League, “niño” polaco salvado por una mujer católica que lo protegió y cuidó: “La culpa nos sigue acosando así como el dolor de haber perdido a seres queridos, nuestra rabia, nuestra incapacidad de hablar de estas experiencias con nuestras familias, nuestras crisis de identidad y nuestras infancias confusas, temerosas y perdidas. Tenemos muchas preguntas nacidas del miedo y la culpa. ¿Quiénes somos nosotros comparados con aquellos que enfrentaron el horror más impronunciado en los campos de la muerte? ¿Era realmente peligroso si revelábamos nuestra identidad judía? ¿Puede alguien que no haya

pasado lo que nosotros comprendemos? Aprendimos la importancia de que otra gente nos escuche para que puedan conocer el Holocausto desde el punto de vista de los vivos además del de los seis millones muertos. En nuestro silencio, con pudor o vergüenza de hablar de nuestros pasados, ¡hemos seguido escondidos!”.⁴

En general, los judíos recibieron poca ayuda de sus vecinos, pero los niños que han sobrevivido no podrían haberlo hecho sin su solidaridad así como la de los movimientos de la Resistencia. En cada lugar la posibilidad de salvarse fue diferente debido a la cantidad de judíos, el grado de antisemitismo que definía el grado de asimilación y la política nazi que no fue igual en los distintos países de ocupación.⁵

Algunos perdieron a sus padres para siempre. Otros sufrieron dos desgarramientos: el primero al ser separados de sus padres biológicos, el segundo, al ser separados de sus padres adoptivos. Los que no fueron reclamados, no saben ni siquiera quiénes han sido sus padres biológicos.

La memoria que mantienen los “niños” escondidos que llegaron a Buenos Aires es disímil. Los mayores recuerdan circunstancias con bastante precisión. En cambio, los más pequeños no recuerdan nada y la necesidad de recuperar esa memoria perdida se convierte en un azote que los persigue sin descanso.

Los temas comunes que los acosan son la separación de la familia de origen, la posterior separación de la familia salvadora, la identidad fraguada (la religión, la nueva historia familiar, las costumbres, el idioma, a veces el sexo), el silencio, la pérdida de la infancia en los más grandes, la doble vida. La condición indispensable de la supervivencia fue la imposibilidad de expresar sentimientos o pensamientos, ser lo más invisible posible. Todos ellos conviven con distintos grados de silencio y el mandato de callar para sobrevivir.

LOS “NIÑOS”, ¿SOBREVIVIENTES ILEGÍTIMOS?

Sobre los “niños” pesan varios “atenuantes” que han deslegitimado por años su derecho a considerarse sobrevivientes, a penar por lo perdido y a lamentarse por no recordar.

Reprimieron su añoranza por recuerdos como un mal menor frente al milagro de haber sobrevivido. ¿Qué importa no haber tenido juguetes o no recordar frente al millón y medio de niños aniquilado? Pero recordar es crucial, forma parte del dibujo que todos tenemos de quiénes somos, de cómo llegamos a tener ciertas características, gustos o disgustos. Hélène⁶ supone que recibía en su comida habitual un tubérculo llamado *topinambour*, un alimento de gusto desagradable que hoy se usa para alimentar a los cerdos; lo supone porque toda su vida, cuando se sentía mal, angustiada u oprimida por algo, le subía ese gusto a la garganta. No sabe si su suposición es correcta. Saberlo probablemente no cambiaría nada, pero conocer el origen permite reconstruir esos fragmentos del rompecabezas que los “niños” siguen teniendo desarmado porque no hay quién les cuente qué pasó, cómo eran, cuáles fueron sus costumbres, a qué jugaban, a qué le temían. Recordar o escuchar de nuestros padres estos relatos de nosotros mismos nos permite hacernos la ilusión de que cierta lógica guía nuestras conductas. Los “niños” que no recuerdan no tienen forma de tener siquiera esta ilusión. Tampoco la sensación de que su experiencia merecía ser contada.

Los “niños” no sienten propia la denominación de sobrevivientes. A diferencia de los sobrevivientes mayores, muchos de ellos fueron protegidos, cuidados por otras personas que les permitieron asumir los años de la guerra dentro de cierta “normalidad” mientras la situación lo permitía. Durante muchos años se consideró sobrevivientes solo a quienes pasaron por los campos de exterminio, idea que es sostenida también en la actualidad. Es lo que nosotros llamamos aquí la “definición restringida”. Un concepto que se fue ampliando a medida que los sobrevivientes resolvieron hablar y exponerse, y que hoy alcanza a quienes estuvieron en campos de trabajo, en guetos, escondidos en bosques, los que participaron en sabotajes, correos, quienes asumieron una identidad falsa, los que lograron huir. Algunos consideran que también deben ser tomados como sobrevivientes los que huyeron de Europa cuando la tragedia estaba empezando, entre 1933 y 1939. Todos forman parte de la “definición ampliada” de qué es un sobreviviente. Los “niños” fueron los últimos en recibir la “visa” para ingresar a esta categoría y muchos tienen dificultad para

reconocerse como tales.

También opera sobre esta sensación de “deslegitimación”, compartida esta vez con el resto de los sobrevivientes, la culpa por haber sobrevivido en una inversión causal dolorosa. El milagro de haber sobrevivido en aquellas condiciones, a todas luces un imposible, se convierte en algo casi vergonzoso, difícil de contar, algo que es preferible ocultar. Como si el haber sobrevivido confiriera alguna responsabilidad al sobreviviente en la muerte de los otros. La supervivencia de unos denota, sin que ellos lo quieran, la muerte de los demás. Es una sensación difícil de soportar. No todos los “niños” la tienen. En apariencia, cuanto más chico haya sido, más lejos está de sentirla. Casi ninguno ellos fue responsable de su propia salvación. Tocados por una especie de varita mágica o un ángel tan bondadoso como misterioso, la pregunta de por qué fueron ellos los salvados y no los demás los acompañará siempre.

ESTOS “NIÑOS”

Estos “niños” son ahora personas de entre 63 y 80 años que narran su infancia en Europa, sus experiencias en la guerra entre los años 1939 y 1945 y su llegada, por distintas circunstancias, a la Argentina. Consideré “niño” a quien tenía entre 0 y 16 años en el momento del cambio dramático debido a la ocupación nazi. Es obvio: las experiencias guardan diferencias muy importantes según sea la edad del protagonista. Por eso, antes de cada testimonio, consignamos la edad que se corresponde con el momento que el testigo relata.

Debemos tener presente, por otra parte, cómo era el mundo y la vida en las décadas del 30 y del 40 para entender cómo era tener, por ejemplo, cinco, nueve o doce años por entonces. A comienzos del siglo XXI, la infancia se expresa de diferente manera. Nuestros niños de hoy no son iguales a aquellos. Hace setenta años no solo el mundo era diferente y la información mucho más precaria sino, y fundamentalmente, el concepto de infancia era otro. Los niños no recibían la consideración especialísima que obtienen en la actualidad. Se los atendía, se les daba de comer, se los abrigaba, pero en general

no eran interlocutores de los adultos, no se acordaban decisiones con ellos. En la mesa solo hablaban los grandes. Los niños debían respeto a los adultos por definición. El trato era, en cierta manera, distante y formal. Los niños constituidos en este contexto eran, consecuentemente, más “infantiles”; es decir, ingenuos, crédulos, inocentes. Se los preservaba de los aspectos duros de la vida. Tenían, por lo tanto, menos defensas, menos argumentos, menos modelos asimilados para entender y encontrar recursos para el dramático cambio que se cerniría en sus vidas. No eran menos inteligentes o despiertos que los de hoy, solo estaban más alejados del mundo real, un mundo sustraído por los adultos para su protección. Estos niños, congelados en las fotos viejas que contiene este libro, son los que incluyeron en sus nuevas vidas “normales” la mentira, el ocultamiento, el robo, el soborno y, lo que es mucho más grave, la destrucción de la fe en el mundo adulto.

Estos treinta “niños” forman parte del grupo Niños de la Shoá en la Argentina, que funciona desde 1997. Sus miembros representan apenas una pequeña proporción de los “niños” escondidos que existen.

Los relatos fueron tomados de entrevistas realizadas a fines de 2003 y de algunos textos escritos por ellos mismos y que me facilitaron con enorme generosidad. El libro de Ana Baron (Anushka), *Todavía me pregunto por qué*; el de Mira Kniazew de Stupnik, *Quo vadis mundo*, aún inédito; y los textos de Abraham Cukierman, Claudia Piperno y Zosia Klawir.

El testimonio de estas treinta personas, ocho hombres y 22 mujeres, cubre distintos aspectos de la vida judía en Europa y de las diversas formas de supervivencia durante la Shoá. Diferentes países y variadas condiciones socioculturales y familiares, disímiles edades y experiencias, todos ofrecen un panorama rico, múltiple, amplio y heterogéneo.

Cabe la pregunta de por qué las mujeres triplican a los hombres. Ser mujer o ser hombre no hacía diferencias a la hora de ser asesinados. Los judíos habían sido sentenciados sin distinciones sexuales. Tampoco corresponde pensar en grados de sufrimiento diferentes para hombres o para mujeres. Podemos apuntar, sí, una única diferencia:

los varones judíos estaban generalmente circuncidados, con lo cual portaban una marca en el cuerpo que hacía más difícil ocultarlos bajo una identidad cristiana. Algunos “niños” debieron pasar a causa de ello toda la guerra disfrazados de niñas para evitar ser descubiertos.

Los “niños” son los protagonistas excluyentes de este libro que respira a través de sus relatos. Las referencias históricas o geográficas servirán para contextualizar y entender mejor sus experiencias. Si bien las historias se combinan en cada capítulo para pintar con distintos tonos un mismo momento, el lector podrá elegir seguir la historia particular de cualquiera de los treinta sobrevivientes utilizando la hoja de ruta de la página 255. También podemos conocerlos a través de sus fotos y documentos reunidos en el álbum de los “niños”.

LOS QUE SIGUEN ESCONDIDOS

La guerra terminó con la firma del armisticio del 8 de mayo de 1945. Pero para algunos “niños” el fin del conflicto no fue un alivio ni permitió que dejaran de llevar la pesada mochila del ocultamiento. Hay “niños” que siguen escondidos. Algunos lo saben y otros todavía no.

Las aquí llamadas Etel y Cris Marie aceptaron brindar su testimonio a condición de no develar sus nombres verdaderos. Etel, para evitar que sus hijos conozcan algunos aspectos dolorosos de su relación con sus padres; Cris Marie, por la dificultad de compartir con sus hijos frontalmente el origen judío de su familia.

Hay también “niños” de la Shoá a los que no es posible entrevistar. Son los que hoy, sesenta años después, ignoran que lo son. Al igual que en la Argentina, donde la apropiación de bebés formó parte de una política de Estado en la dictadura militar de 1976-1983, sufrieron la sustracción y no restitución a su legítima identidad. Muchos de estos “niños” no saben probablemente que están siendo buscados por sus familias biológicas, porque no saben que no son hijos de quienes creen serlo. Habrá que esperar a que alguna chispa de duda, algún titubeo extraño, una sombra les despierte la necesidad de investigarse.

Eso está sucediendo en Polonia en los últimos diez años. Cientos de

personas de más de sesenta años acuden a instituciones judías buscando información cuando tienen la sospecha de no ser quienes han creído que eran. Hay sitios en Internet que presentan fotos de bebés con textos que dicen cosas como esta: “Probablemente nació en 1938, cerca de Lublin, talvez mi madre se llamaba Luba”. La gran mayoría, una mayoría sin número, sigue escondida. Escondida del mundo y de sí misma.

Algunos de los “niños” que aquí nos cuentan sus casos han sido restituidos a sus familias, otros hicieron su vida por un camino diferente.

Mi hermanito Zenus es de este grupo de niños nunca recobrados pero siempre añorados.

1 La palabra hebrea shoá significa devastación, suceso catastrófico. Hay consenso académico en usarla para referirse al asesinato de seis millones de judíos en Europa en los territorios ocupados por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. La palabra holocausto, aunque menos adecuada porque implica ideas de sacrificios, ritos de purificación por el fuego y castigos divinos, ha sido tan ampliamente difundida que se ha impuesto. Ambos términos se usan hoy indistintamente. El fenómeno aludido es, sin embargo, tan inédito que incluso la palabra shoá sigue siendo incompleta, insuficiente: una shoá es una catástrofe natural, mientras que el asesinato sistemático que los nazis infringieron al pueblo judío no fue un hecho de la Naturaleza sino algo realizado por seres humanos. Algo para lo que no existe todavía una palabra adecuada.

2 Moisés quiere decir “el rescatado de las aguas”.

3 La idea de Darwin de la supervivencia del más apto se tergiversó como que los “mejores” mataban a los más “débiles”. Este concepto se conoce como “darwinismo social” y justifica el asesinato como un fenómeno natural decidido por constructores de sociedades pretendidamente perfectas. El enunciado de Darwin, por el contrario, se entiende dentro de su Teoría General de la Evolución de las Especies y contempla un larguísimo plazo para su realización, cientos de generaciones. Afirma que los individuos más aptos para sobrevivir son los que tendrán más hijos y, a lo largo de las generaciones, estos hijos engendrarán a su vez más hijos, por lo cual, al cabo de miles de años, sobrevivirán los descendientes de estos y los otros, los menos aptos, irán mermando generación tras generación hasta desaparecer. El proceso de selección natural (curioso como los nazis retomaron esa palabra para decidir quién viviría y quién moriría en el ingreso a los campos de concentración y exterminio) lejos de ser una matanza cruel de los débiles y enfermos, es un lento devenir por el que los más aptos, simplemente, tienen más hijos.

4 Jane Marks: *The Hidden Children. The Secret Survivors of the Holocaust*, Nueva York, Fawcett Columbine, 1993. La traducción es mía.

5 Algunos datos comparativos revelan la diferencia en la posibilidad de supervivencia según el país de origen:

Polonia. De una población total de 3.300.000 judíos, sobrevivió el 10 por ciento. La mayoría fue a Rusia, algunos a Palestina y Suecia, unos pocos sobrevivieron escondidos. De un millón de niños, se salvó el 0,5 por ciento, 5 mil, veinte veces menos que los adultos. Este fue el lugar donde fue más difícil la salvación. Un decreto nazi del 15 de octubre de 1941 instituyó la pena de muerte a quien

protegiera a un judío.

Holanda. De un total de 140 mil judíos, sobrevivió el 25 por ciento, 35 mil, de los cuales el 10 por ciento eran niños, 3.500, la mayoría de ellos, huérfanos.

Bélgica. Sobre 65 mil judíos, sobrevivió el 40 por ciento, 26 mil personas, de las cuales 10 mil eran chicos, casi un tercio.

Francia. De 350 mil judíos, sobrevivió el 74 por ciento. De entre ellos, entre 5 y 15 mil eran niños.

6 Tomado de *Aquellos niños*, film testimonial de Bernardo Kononovich.

CAPÍTULO 1

LA VIDA ANTES DE LA GUERRA

La guerra empezó antes de la guerra. La Segunda Guerra Mundial comenzó oficialmente en 1939, sin embargo la situación de peligro para los judíos en la Europa de las primeras décadas del siglo XX se desencadenó en diferentes momentos según el país e incluso el lugar específico.

En Polonia, luego de la invasión alemana en el 39, Alemania estableció un pacto con la Unión Soviética por el que la zona occidental se mantuvo bajo su dominio, mientras que la oriental, lindera con Rusia, fue desocupada y pasó a la órbita soviética. Dos años más tarde, en 1941, fue reocupada por los alemanes.

En Francia, la ocupación alemana fue en 1940 y poco después comenzaron las rafles –las cacerías o redadas masivas de judíos– mientras que en Hungría la deportación comenzó recién en 1944.

El antisemitismo crecía con una fuerza incontenible en la Europa de los años previos al estallido de la guerra. En esa marea creciente de antisemitismo y autoritarismo transcurrieron los primeros años de los “niños” en un marco de relativa tranquilidad, como esos días de sol de finales del verano en los que es imposible imaginar la tormenta que está por desatarse.

Sus infancias fueron parecidas a la de cualquier niño que viviera en aquel tiempo en el mismo lugar y en las mismas condiciones. Los judíos en la Europa de las primeras décadas del siglo XX tenían en la misma diversidad cultural, social, económica y política que el resto de la población. En los diferentes países (Polonia, Francia, Hungría, Rumania, Holanda, Austria, Yugoslavia, Italia, Bélgica), tanto en condiciones urbanas como rurales, sus vidas eran similares a las de todos los demás. Lejos de la burda generalización de un solo tipo de judío –sea cual fuere el estereotipo elegido en la caracterización– la vida judía europea se desplegaba en un mosaico colorido y heterogéneo.

Estas eran sus vidas antes de que las olas de la guerra los arrastraran sin remedio a un destino imposible de imaginar desde ese pequeño paraíso personal que suele ser una infancia normal.

Elsa Rozin (1923, NOWO SZMIERCZYN, BIELORRUSIA)

Cuando nací me llamaron Elka. En el año 27, cuando tenía cuatro años, nos mudamos a Bruselas, donde empecé a llamarme Elsa.

Mi papá se había quedado viudo con ocho hijos y se casó con mi mamá, una muchacha treinta años más joven. Tuvieron tres hijas; yo fui la segunda. Mi papá se ocupaba de los negocios de mi abuelo, molinos y tierras. Era rabino aunque nunca ejerció como tal, era culto y bastante progresista. Lo convocaban a la sinagoga para los grandes acontecimientos. Emigramos de Bielorrusia porque uno de los hijos del primer matrimonio de mi papá, que se había recibido de médico en Suiza, vivía en Bélgica y dijo que allí estaríamos mucho mejor que en la Europa Oriental, que era más atrasada.

Me eduqué y crié en Bruselas. Nuestra situación social cambió en Bélgica porque, aunque la situación económica era menos floreciente, vivíamos más tranquilos respecto del antisemitismo. Papá no era un fanático religioso pero era observante, en casa se respetaban las tradiciones. Mamá trabajaba en la óptica de uno de los hijos del primer matrimonio de mi papá y él se ocupaba de nosotras y de la casa. Vivíamos en un departamento.

Nos costó adaptarnos a la vida en Bruselas porque no entendíamos el idioma, en casa hablábamos idish y mis padres también hablaban ruso y los dos idiomas oficiales, francés y algo de flamenco. Poco a poco llegamos a integrarnos y a hacer amigos.

Yo era bastante buena alumna y estaba en el mismo grado que mi hermana mayor, ya que nos pusieron juntas cuando llegamos, pero mi hermana era más brillante. Yo tenía siempre más responsabilidad, cuando había que hacer algo, me mandaban a mí. Eso me ayudó después, cuando me quedé sola, a asumir responsabilidades y tal vez a salvarme.

Francis Levy (1924, ESTRASBURGO, FRANCIA)

Nací en Estrasburgo y viví toda mi infancia en Sarrebourg, a unos 60 kilómetros de la frontera con Alemania. Era una pequeña ciudad con 115 familias judías y una sinagoga. No había escuela judía por lo que dos veces por semana el rabino iba al colegio común a enseñarnos religión; también venía un pastor protestante y un cura para los católicos. Cada grupo recibía la instrucción correspondiente a su religión. El jueves y el domingo a la mañana, como no había clases, en la sinagoga había un curso voluntario dado por el mismo rabino.

La mitad del pueblo se llamaba Levy sin que fuéramos parientes. Mi familia estuvo en esa zona por lo menos desde el siglo XVIII. Tengo un árbol genealógico en el que constan mis antepasados de varios siglos. Mi padre era un judío tradicionalista, iba al templo y una de sus actividades era formar parte del Concejo de la Ciudad. Se trataba de un concejo de ediles, de 16 miembros, en el cual siempre había un ciudadano judío representando a los residentes. Había una convivencia de mucho respeto.

Claro que había antisemitismo, pero poco. Uno no se preguntaba sobre eso porque formaba parte de la realidad cotidiana, era así. Cuando me preguntan si había antisemitismo, me vuelve a sorprender la pregunta, porque era tan lógico para nosotros entonces, que no era un tema en el que se pensara.

No tuve, como los niños de la Shoá más chicos, una infancia robada. Yo era mayor cuando empezó la guerra, ya un adolescente, y mi infancia fue muy buena. Lo que me robaron fue mi estudio –porque aunque estaba anotado para entrar a una escuela profesional, el comienzo de la guerra lo hizo imposible– y mi vida normal, mi idioma, mi país. Más profundamente quizá, el robo más esencial ha sido el del optimismo, me ha vuelto escéptico, dolorosamente escéptico sobre la Humanidad.

Micheline Wolanowski (1925, PARÍS, FRANCIA)

Mis padres habían venido de Polonia después de la guerra del 14 con la intención de asimilarse lo más rápido posible, modernizarse. Mi madre enseguida adoró París. Papá era confeccionista. Teníamos un taller de costura, con cinco máquinas, tres chicas que cosían a mano,

un tío planchador y un primo maquinista, todos venidos de Polonia. Vivíamos en un departamento donde también estaba el taller.

No ocultábamos el ser judíos. Por otra parte, no era fácil ocultarse porque decían que nos reconocían, parece que se sabía por los ojos, ojos más profundos, o tal vez por la mirada triste. No tengo, sin embargo, recuerdos de antisemitismo, o tal vez nunca me di cuenta. La primera vez que me dijeron “judía de mierda” fue cuando llegamos al Uruguay después de la guerra. Llegué a entrar al liceo antes de que tuviéramos que escapar. No éramos ricos, pero todos los años íbamos de vacaciones. Mis padres hablaban en francés con nosotros y cuando querían que no entendiéramos hablaban en polaco o en idish. Debe haber sido por eso que aprendí a hablar idish, para entender lo que decían.

Tuve una vida muy feliz, normal, como la de cualquier chica de París, de clase media baja: linda, pizpireta, con sueños de amor y la cabeza llena de novelas e ilusiones.

Freda Ejdllic (1925, LODZ, POLONIA)

Éramos de clase media, mi padre tenía un negocio en sociedad con un tío mío. Mi madre era maestra, pero cuando nacieron los mellizos dejó de trabajar. Los tuvo cuando yo tenía cuatro años, una nena y un varón. La nena, Tusia, tuvo una infección y murió, me acuerdo que la habían puesto sobre la mesa porque venía el doctor a verla. A mí me mandaron a lo de mi abuela y cuando volví estaba mi madre sentada hamacando a mi hermanito, Marek. No se hablaba del tema. No sé si era por no angustiarme a mí o para no angustiarse ellos. La muerte no era un tema del que se hablara habitualmente en casa.

Mis padres querían que estudiáramos, tenían muchas ambiciones para nosotros. Nos mandaban a colegios judíos privados que les debían resultar caros, pero la educación estaba en primer lugar. Vivíamos en un departamento chico, teníamos una empleada que dormía en la cocina. Todos los veranos íbamos al campo, cerca de Lodz, donde alquilábamos una casita. Yo estaba bien vestida, mi mamá tomaba una vez al año una modista que hacía ropa para todos. Nunca me faltó nada, estaba muy cuidada. Éramos pobres pero muy

dignos, muy orgullosos y siempre pensando en mejorar.

Mis padres no eran religiosos, mi abuela sí, usaba peluca, nunca comía en nuestra casa porque no respetábamos las reglas dietéticas judías. Para las vacaciones iba a su casa y los del pueblo sabían que llegaba la nieta de la señora Ejdlic. También tenía bisabuela y dos tíos jóvenes con quienes quería salir pero, por supuesto, no me daban bolilla. Todos hablábamos polaco, mis padres también hablaban idish, pero entre ellos. Mi papá era socialista, simpatizante del Bund.¹ Como era habitual, la familia era muy grande: mi mamá era la menor de nueve hermanos y mi papá, el mayor de seis.

El verano anterior a que todo pasara habíamos ido a un campo a veranear. Me reunía con un grupo enorme de chicas y chicos y me enamoré de uno que se llamaba Mietek, como se llamó, casualmente, el que después fue mi marido. Cerca de la casa en la que estaba, había un café donde íbamos a bailar. Yo tenía el pelo largo, lindísimo, y les gustaba a los muchachos, no planchaba nunca en los bailes. Después vino un primo mío que estudiaba Medicina, el hijo del socio de papá, y se quedó en casa. Me gustaba mucho porque era mayor. Yo me sentía grande, ya tenía menstruación. Cuando estaba en primer año de la secundaria, el último año que fui al colegio, hicimos un viaje a Varsovia y antes de salir de casa me indispuse.

Lo que más me gustaba era tener amigos, bailar y patinar en el hielo. No sabía en ese momento lo feliz que era. Cómo me gustaría volver por un instante y decírmelo a mí misma para disfrutar cada minuto de esa vida.

Liza Zajac / Lea (1926, POLONIA)

Nací en un pueblo chico, cerca de Bialystok. Cuando era chica nos fuimos a vivir a Jalowka, el pueblo de mis abuelos maternos. De allí son los primeros recuerdos de mis años felices con mis padres, mi hermana y mi hermanito.

Pertenecí a una familia muy numerosa, mis abuelos habían tenido cinco hijas mujeres y varios varones. Cuando mi abuela hablaba de alguna rama de sus parientes, resultaban ser siempre más de ochenta entre hermanos y primos. Pienso en ese mundo, en toda esa gente que

pobló mis primeros años, la mayoría masacrada por los nazis. Yo tenía una hermana un año y cuatro meses menor. Mi hermanito nació diez años después. Ninguno quedó vivo.

Jalowka era un pueblito de veraneo. Mi abuelo tenía una gran zapatería y una casa enorme con cinco o seis habitaciones frente a la plaza. En la zapatería trabajaban varios obreros que no eran judíos pero que hablaban idish porque era el idioma que se hablaba en casa. Siempre íbamos al bosque, que era el lugar de veraneo, por eso no me gustan las ciudades. A mis abuelos paternos nunca los conocí, porque mi padre era el último de doce hermanos y ya era huérfano cuando se casó. Nunca conocí tampoco a los muchos hermanos de mi papá, pero tengo a su familia en mi nombre. Yo me llamo Lea, porque todos los de la familia de mi papá a una de sus hijas la llamaban así, dado que era el nombre de mi abuela paterna.

En casa se hablaba solo idish porque en los pueblos chicos se empezaba a hablar polaco recién cuando se entraba al colegio. En ese pueblo había muchos bielorrusos, por eso mi abuelo hablaba más bielorruso que polaco, pero mi abuela hablaba solo polaco. La mayoría de la gente del pueblo era judía, había dos sinagogas.

Mi familia no era religiosa aunque mis abuelos sí, pero religiosos normales, no eran como esos fanáticos de las ciudades. Mi padre era muy de izquierda. Con los *pogroms*² rusos era lógico que mi padre tuviera esas ideas y predicara y enarbolará los 1o de mayo una bandera roja. Todos los jóvenes soñaban con la igualdad en el mundo, criados entre el antisemitismo y la desigualdad social, vivían con la esperanza de que el comunismo emparejara las injusticias. A papá más de una vez, en víspera del 1o de mayo, lo llevaron preso. En invierno había que enviarle comida a la cárcel, entonces mi abuela la preparaba y contrataba a un hombre para que la llevara en un trineo tirado por dos caballos. Caminaba junto al trineo los 15 kilómetros para que mi papá pudiera comer.

A mi mamá siempre le gustó el teatro y quería que yo fuera muy educada. Tuve una infancia llena de amor. Los momentos más lindos de mi vida fueron en la casa de mis abuelos maternos, era un amor severo pero entrañable. Mi abuela hacía pan negro en su horno de barro y solo los sábados se comía *jalá* blanco, el delicioso pan

trenzado del *Shabat*.³ Uno de los momentos que recuerdo con más felicidad era cuando mi abuelo sentaba a los doce nietos a la mesa y todos esperábamos nuestra porción de *jalá*.

Cuando empecé primer grado nos mudamos a Hajnowka, donde mamá puso un almacén. El colegio era del Estado y mixto. Yo era muy buena alumna. Aunque era común que se denigrara a los chicos judíos que no sabían polaco, a mí no me pasó porque yo ya lo hablaba bien. Tomábamos como natural que los vecinos insultaran a los judíos.

Siempre me pregunté en qué era distinta a las demás chicas. Me gustaba estudiar, era muy soñadora y sensible; lloraba, por ejemplo, cuando en la primavera se derretía la nieve y aparecían, en una ceremonia mágica, los primeros brotes. En la escuela sufrí un antisemitismo unas veces sutil y otras, bien abierto. Cuando fui, por ejemplo, con mi amiga Matilde Singer a rendir el examen de ingreso al secundario, aparecieron cuatro muchachos y uno de ellos dijo con cara de asco: “Huele a cebolla”, queriendo decir que éramos judías despreciables. Amarga revancha la nuestra: nuestras notas fueron las mejores. Me gustaba estudiar, pero sabía que nunca podría cursar estudios superiores porque era muy difícil para un judío llegar hasta allí, había restricciones, *numerus clausus*. Los más ricos podían permitirse ir a estudiar al extranjero.

Nos arreglábamos como podíamos. No tenía un dormitorio propio pero tenía mi cama y en el cuarto había un mueble esquinero que era solo para mí. Guardaba ahí un pequeño barquito, mis libros y arriba la foto de alguna actriz. Al cine había ido una sola vez antes de la guerra y me había encantado.

Me gustaba mucho patinar, era una gran patinadora. En invierno íbamos al colegio en patines para no caernos en las veredas que estaban congeladas.

En mi casa, la política era un tema de conversación habitual. Los domingos a la mañana venían muchachos y chicas amigos de mis padres y mis tíos. Entre arenques y papas, se hablaba de política y se armaban grandes discusiones. Hablaban sobre Alemania, sobre Hitler, pero yo era chica y no entendía nada. Me acurrucaba entre ellos, soñando con participar alguna vez de esas conversaciones, con tener los conocimientos que me permitieran opinar y ser escuchada. Me

acuerdo que uno de mis tíos contó que una hermana suya le había escrito desde la Argentina diciendo: “Ustedes están sentados en un barril de pólvora”, y que le aconsejaba que llevara a su familia para allá. Después, en el gueto le mostraba a todo el mundo esa carta lamentándose de no haberle hecho caso cuando todavía estaba a tiempo. También me quedó muy grabado lo de la Guerra Civil Española, tenía una amiga que su tío se había ido a España a luchar en esa guerra. Muchos judíos polacos formaron parte de las Brigadas Internacionales y se hablaba de ellos como de héroes.

Los judíos en Europa

En Europa rige la *jus sanguinis*, ley de la sangre, a diferencia del continente americano donde rige la *jus soli*, ley del territorio. En consecuencia, los nacidos en los países europeos no adquieren la nacionalidad correspondiente al lugar de su nacimiento, sino que heredan la de sus padres. Es español, italiano o polaco, todo aquel que sea hijo de padres españoles, italianos o polacos, sea donde fuere que hubiera nacido. Los judíos europeos habían adquirido, a mediados del siglo XIX, la ciudadanía de pleno derecho en países como Francia y Alemania, y los pertenecientes al Imperio Austrohúngaro. No fue así en Polonia, Ucrania, Lituania, Rumania y los demás países del Este. En Polonia, los judíos eran considerados “minoría nacional” al igual que otras minorías étnicas. En diferentes épocas tuvieron representación en el parlamento nacional, pero no eran considerados polacos. Cuando los sobrevivientes dicen “polacos” ponen en evidencia esta cuestión. Específicamente quieren decir: ciudadanos de pleno derecho y católicos, que era la religión hegemónica. Por otra parte, la ciudadanía de los judíos de Europa Occidental, si bien les daba los mismos derechos nominales, no los defendía de la judeofobia que los excluía de diferentes lugares de la sociedad. Por ello, varios “niños” dan cuenta de haber sido bautizados y de que sus familias habían cambiado el apellido para hacerlo menos judío. Los judíos del Este miraban con secreta admiración a los occidentales y se sabían despreciados por ellos. Eran llamados despectivamente los *Ost Juden*, los judíos orientales. Estos, a su vez, no ahorraban epítetos y designaban a los occidentales como *lekes*, con el mismo gesto de desprecio. Como en todo lo demás, los judíos reflejaban las posiciones de las sociedades en las que vivían, el Occidente europeo menospreciaba al Oriente, lo consideraba inferior, atrasado, retrógrado. De este modo eran mirados los polacos por los alemanes.

Tomás Kertesz / Tommy (1927, BUDAPEST, HUNGRÍA)

Mi papá estaba asociado con un hermano en la venta de madera para leña. Cuando yo todavía era chico, se fueron a la quiebra y perdieron todo. Luego de ese desastre económico, quedaron caballos y carros, entonces papá empezó a trabajar de transportista. Mi madre era profesora de dactilografía. Ambos habían hecho la escuela secundaria. Éramos pobres.

En el verano del 34, a mis seis años, alquilaron una casita en un pueblo en las afueras de Budapest y crearon una pequeña colonia de vacaciones al costo, es decir, con hijos de amigos, cada uno pagando su parte proporcional. Como la primera experiencia salió bien, surgió la idea de hacerlo comercialmente y las cosas empezaron a mejorar.

En esa época, un tío mío construyó en Budapest un hotel pequeño de catorce habitaciones con todas las comodidades y viajó a Alemania para equiparlo con las últimas novedades. Llegó justo cuando se habían promulgado las leyes raciales [ver recuadro en p. 33]. Volvió muy alarmado e insistió en que nos fuéramos. Pero estábamos bien económicamente y mi familia no quería irse. Se pensaba que lo que pasaba en Alemania era absurdo, que sería pasajero, que la gente no permitiría al bufón de Hitler seguir con sus delirios. Mi tío, verdaderamente asustado por lo que había visto, fue menos optimista y decidió emigrar a la Argentina donde había estado unos años antes. En el 38, a mis once años, quisieron mandarme también a mí, pero no quise, preferí quedarme con los míos. Desde Budapest, veía a la Argentina, a Buenos Aires, como una tierra irreal por lo lejana.

Iba a la escuela común porque no éramos judíos religiosos. Los profesores no nos discriminaban, ni siquiera cuando llegaron los alemanes. Con mis compañeros tampoco tuve problemas, aunque había tres chicos nazis que me decían que a mí no me odiaban porque no era el tipo de judío que ellos odiaban. Entonces tomábamos como naturales estas diferencias, eran habituales.

Me gustaba natación, patinaje sobre hielo, el esquí, hacía todo tipo de deportes. En la escuela había gimnasia militar, pero para los judíos estaba prohibida. Nos separaban y también con el fútbol. Mientras los cristianos hacían actividades físicas, a nosotros nos mandaban a limpiar, entonces hacíamos la pantomima de hacerlo. Es curioso que en aquel momento no viviéramos este tipo de diferencias o